

## Una nueva traducción horaciana <sup>(1)</sup>

Va a ofrecer el señor Ismael Enrique Arciniegas, al público de lengua española, la traducción de cincuenta odas escogidas de Horacio. Como entre todos los autores clásicos, griegos y latinos, Horacio es, indudablemente, el que más intérpretes ha hallado en nuestro idioma, no es tanto el hecho mismo de una nueva traducción, cuanto el mérito excepcional de ella, lo que hace de esta publicación un acontecimiento literario, e infunde la esperanza de que se habrá dado con ella un paso más hacia el inasequible modelo.

Porque, en primer lugar, respalda Arciniegas su nuevo empeño con muy antiguas ejecutorias de poeta de fama asentada en el Parnaso colombiano, gloria común de Suramérica. Es, además, poeta avezado por una larga experiencia en el arte ingrato y difícil de la traducción, como lo comprueban los volúmenes que lleva publicados y las primicias que ha dejado entrever de los que todavía tiene por publicar. Ha convertido en "poesía" castellana centenares de composiciones de poetas franceses, ingleses, italia-

---

(1) Publicamos hoy el erudito estudio que el eminente académico ecuatoriano y Profesor de letras clásicas en el Colegio de Cotacollao, de Quito, R. P. Aurelio Espinosa Polít ha escrito sobre las versiones que ha hecho de Horacio nuestro compatriota el señor Ismael Enrique Arciniégas. El R. P. Espinosa Polít, es autor de la famosa obra «Virgilio», elogiada por notables críticos en Inglaterra, Francia, España, Italia e Hispano-América. Sagaz analizador de Horacio en conferencias dadas en el Colegio de Cotacollao, y traductor aplaudido de «Edipo Rey», de Sófocles, sabemos que se ocupa de la versión, en verso, de todas las obras del trágico griego.

El R. P. Espinosa Polít hace referencia en el estudio que publicamos hoy, a 50 odas, que eran las que se había propuesto traducir el señor Arciniegas, pero éste ha continuado en su labor, la que alcanza ya a 90 poesías.

Entre los traductores colombianos de Horacio se han distinguido los señores Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, José Joaquín Casas y Francisco Vergara Barros. El primero vertió 74 odas, y varias «Epístolas»; el señor Pombo tradujo 52: el doctor Cesas la «Epístola a los Pisones», de que se ha publicado un fragmento y el señor Vergara Barros 73. El señor Arciniegas ha traducido 90 odas y épicos, «El Canto Secular» y un fragmento, en hexámetros, de la «Epístola a los Pisones». Las odas y épicos de Horacio son 120. N. de la R,

nos y portugueses, con una soltura y casticidad de todo punto envidiables; y ahora ha luchado generosamente por convertir en verdadera "poesía" castellana las odas que más le han gustado de Horacio, dejando con esta traducción un monumento duradero de su Bimilenario.

De seguro habrá tropezado en la empresa con dificultades que ni todas sus relevantes prendas, ni toda su práctica anterior bastarán a desvanecer. Y es que la labor de traducción es cosa muy distinta, según se haga de las lenguas modernas o de las lenguas clásicas.

Todas las lenguas modernas tienen, puede decirse, una densidad más o menos igual, y el paso de la una a la otra se hace sobre un mismo nivel; mientras que de las lenguas antiguas a las modernas hay todo el desnivel de una falla geológica. La traducción poética requiere, evidentemente, en cualquier caso, capacidad, para sentir a fondo la poesía, inspiración personal para expresarla y relativa facilidad en el manejo del verso. Pero, supuestas estas dotes, al traducir una lengua moderna a otra, no interviene más dificultad que la del conocimiento del vocabulario de ambas y de la correspondencia de sus idiotismos. Mas, en el traslado a nuestras lenguas de poesías de las lenguas clásicas, griega y latina, ya no se trata únicamente de diferencias de vocabulario dentro de construcción más o menos uniforme, sino que la índole misma de las lenguas radicalmente distinta, ofrece una barrera mucho más difícil de salvar. No hay ese trasvasar, a veces tan extrañamente espontáneo, de una estrofa francesa o italiana a otra de corte idéntico en castellano; como que no son ya las palabras las que se traducen, ni se logra casi nunca conservar la misma construcción sintáctica, sino que para cada estrofa, casi, se presenta el problema de la total refundición.

El proceso es asimilar intensamente el contenido ideológico y afectivo del modelo, convertirlo en ideología y sentimientos personales, y esperar luego el momento de la inspiración propia para soltar la represa, en que el material fundido dentro del traductor salga por nuevo cauce,

enteramente diferente del original, sin adulterar, sin embargo, el sér genuino del original así traspuesto. Esto — nada menos que ésto— es lo que arrostra el que emprende la traducción de un autor latino o griego...

Muchos, aun de los traductores más serios y concienzudos, vacilan ante la dificultad y piden gracia, o escogiendo metros que de algún modo alivien la incomportable dificultad, o permitiéndose mil libertades con el texto, y en la forma, licencias, prosaísmos y contorsiones de estilo, que de lejos denuncian al poeta martirizado en el potro de un empeño imposible.

Arciniegas, como artista que es, y artista exigente y refinado, se subleva contra las versiones corrientes de Horacio, en que, para fastidio del lector, se transparentan estos desesperados esfuerzos del traductor por conciliar los derechos de la poesía original con los fueros de la poesía castellana. Ha querido hacer traducciones que se puedan leer con gusto.

Para lograrlo, parte del principio indiscutible que una traducción en verso de un poeta debe, ante todo, ser "verso" y "poesía". Si lo que al traducir se buscara fuera un reflejo exacto de las ideas y palabras, sabido es que el único recurso para esto es la llaneza de la prosa. Si tiene, en cambio, el traductor, la aspiración harto más levantada de transmitir, no tanto la materialidad de las palabras ni de las frases, cuanto un dejo al menos del valor poético del modelo, la primera condición es que su traslado sea él mismo "poesía", y que, si no exactamente igual en su efecto al original —que esto es en todo caso imposible—, se parezca en algo, y comunique al lector el estremecimiento que siempre transmite la verdadera "poesía". Mas para esto, es indispensable que se pueda leer la traducción sin tropiezo, sin la inquietud que inspiran los visibles e infructuosos esfuerzos del traductor, en una palabra, olvidando que se trata de una traducción.

Con Arciniegas se puede llegar a este olvido; se pueden leer sus "Odas de Horacio", como poesía castellana.

La materia de muchas de ellas y las alusiones históricas y mitológicas nos recuerdan, por fuerza, que se trata de poesía de una edad pasada; pero el verso mismo no está clamando que es, como en tantos otros, lo que con carácter denigrante pudiera llamarse “verso de traductor”.

Quedan, inevitablemente, alguna que otra inversión un tanto violenta,— pero no más de las que se encuentran en la obra original de cualquier poeta. Quedan algunas oscuridades—, y es imposible que no las haya, donde deben trasladarse conceptos y alusiones con los que no estamos actualmente familiarizados. Si cualquier edición de Horacio, para uso de los eruditos que se proponen el estudio del texto, está llena de notas, y sin ellas no hay quién entienda a Horacio, no se le va exigir a un poeta, que publica sus traducciones sin notas, porque ellas matarían la poesía, que lo presente todo con una claridad que acaso no tienen ni los mismos versos del autor.

Mas, dejando estos dos reparos, si se juzgan las traducciones de Arciniegas como “poesía”, la justicia obliga a darle un puesto de honor y aun de preferencia entre los traductores españoles de Horacio. Otros quizá serán más fieles, (y el mismo Arciniegas ha demostrado por medio de ensayos sucesivos de una misma oda en diferentes metros, que con toda facilidad lo hubiera podido ser él, si hubiese querido usar una forma más libre y fácil). Pero se ha obligado con inflexible rigor al verso perfecto y rotundo, a la rima, a los metros más dignos y nobles. Tiene una fe irreductible en la belleza intrínseca, irreemplazable de la rima perfecta, y a ella sacrifica todas las ventajas que pudieran, al menos en determinados casos, prestar las asonancias y el verso blanco. Una que otra vez el resultado será quizá discutible; pero es indudable que el conjunto es altamente satisfactorio, y que merece Arciniegas los más calurosos aplausos y agradecimientos, pues ha prestado un servicio insigne a cuantos no pueden beber en el mismo raudal de la fuente horaciana.

¿Podrá hacerse más en este sentido? ¿Podrá nadie dar más de Horacio a lectores que no pueden leer al mismo Ho-

racio? No lo sabemos. En todo caso, atrevido habrá de ser el poeta que lo intente...

Permítanseme, con todo, unas reflexiones inspiradas en otro enfoque dado a la cuestión de las versiones poéticas. Si en el caso presente, a este conjunto que hemos calificado de “altamente satisfactorio”, lo consideramos en íntima relación con el original, ¿podremos decir que con él esté resuelto el “problema español de Horacio”, es decir, que, con leer esta traducción de Horacio al castellano, tenga uno derecho para afirmar que conoce a Horacio, y que está en estado de juzgarlo?

La pregunta que particularizamos a este caso afecta de un modo general a todos los traductores, en cualquier lengua que escriban: también hay un “problema inglés”, digamos, y un “problema francés”, y un “problema italiano” de Horacio; y son docenas, y entre todos, seguramente centenares, los que han emprendido la obra perpetuamente fascinadora de dar a sus compatriotas un Horacio francés o inglés o alemán o italiano o portugués...

Mas, ¿qué es su misma multiplicidad sino una confesión? ¿fueran ellos tantos, si en cada lengua la obra de uno solo pudiera darse por definitiva? Con todo, ni esta confesión es desdoro de ninguno, ni para ninguno es esta reflexión injusto agravio. Es que todos están tentando lo que lisa y llanamente debe tenerse por irrealizable.

Y esto no es pretensión mía; lo ha dicho quien tiene competencia y experiencia personal para decirlo, el veterano inglés de las letras clásicas, J. W. Mackail, el que ha vertido en lenguaje noble y levantado toda la obra virgilia-na y ha puesto en verso la Odisea y la Antología Griega. Dice, pues, Mackail en su célebre estudio sobre las Odas de Horacio: “La poesía es cosa aparte, y una de sus características es ser intraducible, por ser en ella la forma y la substancia una misma cosa. En los ejemplos que parecen contradecir a esta verdad general, lo que con más o menos felicidad ha sido trasladado de una lengua a otra, es lo que acompaña a la poesía —las ideas, la historia, las imágenes,

el ornato—, pero no la poesía misma. Mas, hay que confesar que en Horacio estas “otras” cosas tienen menos valor que en casi cualquier otro poeta. No es, pues, de extrañar que, a pesar de que se han intentado y se seguirán sin duda intentando innumerables traducciones de Horacio, todas, en grado mayor o menor, vengan a ser fracasos. La razón es que se han empeñado en llevar a cabo lo imposible. No sólo no sirven para reemplazar las Odas, mas ni bastan para dar una idea de lo que son ellas en su propia realidad”. (*The Odes of Horace. Classical Studies, London, Murray, 1925, p. 144*). Y está tan seguro Mackail de su afirmación, que llega a sacar por consecuencia que, dado el valor humano de las odas de Horacio, el solo empeño de llegar a leerlas en el original sería motivo suficiente para aprender latín.

La imposibilidad de la que habla Mackail no es una exageración ni un rasgo de hiperestesia de especialista. Se deriva, primeramente, el hecho demostrable de estar fundidas en las odas horacianas, cualidades entre sí poco menos que contradictorias, que sólo un genio como Horacio pudo fundir, y en una lengua como la latina. De estas cualidades, cada traductor asimila la que más o las que más le agradan, y esas traslada a su traducción, sacrificando las otras; (esto último es lo que explica las extraordinarias divergencias que se perciben entre traducción y traducción). El uno cree sentir lo más típico de Horacio en su inigualada concisión, y lucha por reflejar a todo trance esta concisión; quizá lo logre, pero no el juntar con ella la soltura y armonía con que va acompañada en el modelo. Otro dará importancia capital a la suavidad, holgura y naturalidad del ritmo; y atinará quizá a reproducirlas, pero a costa de la concisión acerada, o si no, de la integridad de la idea: o no traduce todo, o amplifica. Hay traducciones fieles, melodiosas; pero de las que la hondura de afecto tan íntimo y misterioso de muchas de las odas se ha desvanecido. Las hay que han logrado conservar este afecto; pero bien difícil es que, al modernizarse, no se haya romantizado, y no

haya perdido aquel toque de rudeza romana, que era precisamente el que daba al afecto la consistencia necesaria para poder cruzar los siglos.

Ni es esto todo. Hay una particularidad más en las odas de Horacio, agudamente puesta de relieve por el delicado crítico, Prof. J. E. Butt, en una conferencia sobre “Horacio y la poesía inglesa”. Tratando de la célebre traducción hecha por Milton de *Quis multa gracilis*, dice: “Para trasladar todo el contenido de esta oda, no basta expresar el sentido de las palabras todas y de sus relaciones gramaticales; hay los que pudieran llamarse “armónicos de sentido” en la posición de las palabras, es decir, en su mutua cercanía. Tomemos los dos primeros versos:

*Quis multa gracilis te puer in rosa  
perfusus liquidis urget odoribus?*

Se reconoce luego que *puer* es el sujeto; *urget*, el verbo; *te*, el complemento; y que *perfusus liquidis odoribus* depende de *puer*. Sentido: “un joven esbelto, bañado en líquidos perfumes, te está cortejando”. Pero no se puede dudar de que haya una relación entre *urget* y *odoribus*, como lo aplica el orden entrecruzado de las palabras: *perfusus liquidis urget odoribus*. Está sugiriendo Horacio, aunque sin decirlo, que los líquidos perfumes juegan un gran papel en el éxito del galanteo, que Pirra no puede resistir al atractivo del aroma. Ahora bien, Horacio logra este sentido secundario sin estorbar al principal, porque el latín, con sus declinaciones, no depende totalmente del orden de las palabras para expresar con entera claridad el sentido primero. Pero el inglés —y el caso es idéntico para el castellano— carece de declinaciones, y en esto al menos tiene que sufrir las consecuencias: le es imposible sugerir del mismo modo estos sentidos secundarios”. (*Horace and English Poetry*, pp. 19-20). “Milton, concluye Butt, sentía estos “armónicos”; pero, ¿qué iba a hacer ante la imposibilidad de expresarlos?” Lo mismo diría yo de Arciniegas.

Una tercera imposibilidad nace de los metros horacianos. Entre las odas y épodos, se cuentan diez y nueve metros distintos, de los cuales ni uno solo, con excepción del sáfico, pueden ser ni aproximadamente imitados en castellano. Ahora bien, si no en todos los casos, al menos en la mayoría, es posible apreciar el matiz particular que ha querido comunicar Horacio a la expresión de sus ideas, al elegir el metro para cada oda. Cuántas odas de tema sensiblemente idéntico, como *Solvitur acris hiems* y *Diffugere nives* producen impresión muy distinta sólo por la diferencia de metros (arquiloquio cuarto y primero, respectivamente). Y en un mismo metro, cuán extraordinaria variedad de efectos, según la mayor o menor intimidad del tono, la mayor o menor complicación del hipébaton. ¿Quién reconoce en los alcaicos zumbones de *Oh nata mecum...* el metro solemne apropiado a la gravedad gnómica de *Iustum et tenacem* o al vuelo pindárico de *Qualem ministrum?* ¿Quién, que no conociese más sáficos que los de *Persicos odi* o los de *Oh Venus regina*, creyera que se pueden prestar a la serenidad de la oda moral, como en *Otium divos* o al empuje de la gran oda política, como en *Iam satis terris* y en el *Carmen sæculare?* ¿Cuántos matices y cuántos primores de gusto en todo esto, y nada de ello puede ni transparentarse en las traducciones!...

En suma, la fusión en un mismo texto de cualidades que son, salvo por un milagro del genio, incompatibles; las diferencias radicales de las lenguas, que permiten en una, combinaciones verbales pletóricas de sentido, que de ningún modo pueden pasar a la otra; y la diversidad irreductible de las métricas antigua y moderna, son lo que constituye la imposibilidad material de dar un traslado de Horacio que valga por el mismo Horacio.

Sus odas son todas ellas síntesis minuciosamente elaboradas —*operosa parvus carmina fingo* (Od. IV, 2, 31-32)—, y muchas representan síntesis intangibles y definitivas. Ahora bien, una síntesis no se reproduce conservando su valor, sino en el caso en que los elementos sean todos igua-

les, y además tengan posibilidad para concurrir en ambos casos con la misma espontaneidad y armonía. Pedir esto es pedir lo imposible.

Esta conciencia de lo imposible, tratándose de un autor como Horacio, el primero en tenerla es el mismo traductor; pero es fuerza que también la tengan aquellos de sus lectores, que, familiarizados con el texto latino, no pueden ya leer una versión sin recordar mentalmente los versos del poeta. Y aquí siente la falta de correspondencia de ritmo interno entre las estrofas traductoras y las traducidas; allí recuerda un epíteto que no ha cabido en la versión, y que era, sin embargo, una de esas síntesis maravillosamente fecundas: "*cœmptis*" *saltibus te* "*breve*" *dominum...*, *crescam laude* "*recens*"...; más allá encuentra el epíteto, pero diluído quizá en un verso entero, que le roba toda su fuerza sugeridora: "*moriture*" *Delli...*; o echa de menos una repetición de vocablos, que no es nada para el sentido y lo es todo para el sentimiento: "*Postume, Postume*"...; "*Telephi, Telephi*"...; o siente a lo largo de una traducción, por otra parte muy armoniosa y elegante, que la misma armonía y elegancia han traicionado la hondura de una emoción grave, angustiada y sombría.

Las críticas que, como todos los traductores, tenga que oír Arciniegas, le vendrán de parte de los que a este tenor le juzguen en estrecho cotejo con el mismo texto de Horacio; y así tiene forzosamente que ser. Pero Arciniegas se desentiende de éstos; y, en buenas cuentas, tiene razón. Ha hecho por satisfacerlos, cuanto es humanamente posible; si no se dan todavía por contentos, respóndales con Fray Luis de León, que prueben si pueden ellos más.

Arciniegas escribe sus traducciones principalmente para los que no tienen otro medio de conocer a Horacio; y para éstos la satisfacción es completa. Su verso fluye ágil, espontáneo, caudencioso, y apenas revela la intensa labor que no ha podido menos de costar esta aparente facilidad. La nota dominante es la de la armonía y del buen gusto. Ha logrado, de una manera sorprendente, poner en pleno re-

lieve el carácter eternamente humano y por tanto siempre nuevo de Horacio. Al ver deslizarse, en metro y tono tan moderno, alegrías y penas, cariños y donaires viejos de dos mil años, remozados con tanta naturalidad, que pudieran parecer brotados de la pluma de un poeta del día, se da uno cuenta, si antes no, de cuánto tiene que ser el valor de estos poemitas en los que no hacen mella los siglos.

Apuntaremos, para concluir, algunas particularidades curiosas en la obra de Arciniegas. Sucede algunas veces que sus traducciones dan una impresión de más soltura y claridad que el original, como es sensible, por ejemplo, en las primeras estrofas de *Scriberis Vario* o en todo *Velox amœnum*, o en este estupendo final de *Odi profanum*, verdadero hallazgo poético:

*Porque ni frigos mármoles pulidos,  
Ni púrpura de tintes encendidos,  
Ni oro de Persia y vides de Falerno,  
Acallarán recónditos gemidos  
Ni las angustias de un dolor interno.*

*¿Para qué alzar de regia arquitectura  
Aurio envidiado por pasión mezquina,  
Que ha sido siempre humana desventura?  
¿A qué trocar mi valle de Sabina  
Por oro vil que el corazón tortura?*

Otras veces, aparece patente el increíble influjo del cambio del metro en el alcance estético y aun moral de la traducción. Un ejemplo: el maravilloso boceto horaciano *Oh fons Bandusiæ...* (estrofas asclepiadeas), todo él en el orden de la pintura, con la cadencia de las octavillas se ha transformado en canción, y ha pasado, por transformación sutil, al orden de la música. Más notable todavía es el caso de la oda *Parcius iunctas*: toda la antipática crudeza de estos sáficos se ha desvanecido en la suave melancolía de los serventesios octosílabos del traductor: el ritmo por

sí solo ha tenido, por modo extraño, innegable virtud purificadora.

Como ejemplo de todo punto excepcional pueden citarse algunos casos en que la correspondencia del original y de la traducción es casi milagrosa. En *Persicos odi* —que no pasa, es cierto, de dos estrofas— se ha verificado la transposición de una síntesis en otra síntesis, fenómeno rarísimo, que de cuando en cuando se vuelve a hallar en estrofas sueltas, como en la tercera de *Rectius vives*:

*Sæpius ventis agitatur ingens  
pinus, et celsæ graviore casu  
decidunt turres, feriuntque summos  
fulgura montes.*

*Más rudo azota el aquilón al pino  
Que sobresale, con mayor caída  
Rueda alta torre, como al rayo atrae  
cúspide enhiesta.*

Otras muchas odas en que tal traslado en bloque de la síntesis como síntesis no ha sido materialmente posible, merecen, sin embargo, especialísima alabanza, como la regia miniatura *Quis multa gracilis*, o el elocuente épodo XVI, o la clásica oda a Régulo, o el difícilísimo Canto secular. Puede, sin ninguna arrogancia, gloriarse Arciniegas de haber dejado atrás, en el épodo, a su compatriota Pombo, y en el Canto secular, al mismo Menéndez Pelayo.

En conclusión, quien compare las traducciones que ha llevado a cabo Arciniegas de poetas modernos con estas versiones horacianas, creará, quizá, que el triunfo fue más rotundo, más plenamente satisfactorio para todos en aquellas; pero la realidad es que ha hecho en éstas una obra mucho más gloriosa y meritoria, por la dificultad inmensamente superior y por el valor intrínseco más denso de las versiones en sí mismas. El Bimilenario de Horacio no habrá pasado en vano por América; y esta gloria a él se le debe.

AURELIO ESPINOSA POLIT  
Colegio de Cotocollao, Quito, 25 de marzo de 1936.